

Documental

DOCUMENTOS DEL TRICENTENARIO Y CORONACION DE NUESTRA SEÑORA DE COROMOTO PATRONA DE VENEZUELA

I

CARTA APOSTOLICA DE SU SANTIDAD PIO XII

al Emmo. Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, nombrándolo Legado "a laterè" para la Coronación Canónica de la Virgen de Coromoto.

T r a d u c c i ó n

A nuestro dilecto hijo, MANUEL, del título de San Lorenzo in Lucina, de la Santa Iglesia Romana Presbítero Cardenal ARTEAGA Y BETANCOURT, Arzobispo de San Cristóbal de La Habana,

P I O P P. X I I
salud y apostólica bendición.

Dentro de los límites de la diócesis de Barquisimeto, en la República de Venezuela, existe el celeberrimo Santuario de la Santísima Virgen María de Coromoto, que está situado en un lugar llamado Guanare de los Cospes. Pues bien hace diez años que todos los Obispos de Venezuela, reunidos en la Junta Quinquenal, para aumentar la devoción del pueblo a la Madre de Dios e incrementar su religiosidad mediante piadoso y saludable acuerdo, determinaron elegir y declarar a la misma Virgen María de Coromoto como principal Patrona de toda la Nación; habiendo Nos aprobado y confirmado esa elección con ánimo benevolente, por Letras Apostólicas del día VII del mes de Octubre del año 1944. Además, hace tres años, accediendo a los ardentísimos deseos de los Obispos de Venezuela y de sus fieles, condecoramos con el título y dignidad de Basílica Menor el Santuario de Guanare, en el cual se venera con tanta piedad la prodigiosa imagen de

Nuestra Señora de Coromoto, y al cual acuden en piadosas peregrinaciones tantos fieles que vienen de todas partes de la República. Ahora bien, al cumplirse el tercer siglo de la aparición de la Virgen María, según refiere la tradición, en el mismo lugar donde más tarde fué edificado el templo de Guanare, atendiendo benignamente las preces del mismo Episcopado de Venezuela, determinamos coronar por medio de un Legado Nuestro aquella insigne imagen, con toda solemnidad, en el próximo mes de Septiembre. A este propósito, te elegimos a tí amado hijo, que constituido en la dignidad arzobispal brillas con el esplendor de la púrpura romana, y te declaramos Nuestro Legado a Latere, para que en el Santuario de Guanare impongas la sagrada corona, como con Nuestras propias manos, a la venerable imagen de Nuestra Señora de Coromoto. Asimismo, te otorgamos la facultad necesaria para que el día asignado, habiendo celebrado Misa Pontifical bendigas en Nuestro nombre y con Nuestra autoridad a todos los fieles presentes, concediéndoles la indulgencia plenaria según las condiciones establecidas por la Iglesia. De igual manera, te encomendamos hablar en Nuestro nombre a todos los que se congreguen en ocasión de las fiestas que se van a celebrar, encareciéndoles que, mediante una ferviente devoción a la Stma. Virgen de Guanare, unida al ejercicio de las virtudes cristianas, se hagan y se manifiesten cada día más dignos de gozar su patrocinio. Mientras tanto, en prenda de los dones celestiales, y en señal de Nuestra peculiar caridad, te impartimos a tí, amado hijo, y al Obispo, clero y pueblo de la diócesis de Barquisimeto, la Bendición Apostólica, con el mayor amor en el Señor.

Dado en Roma, ante San Pedro, el día XXX del mes de Julio, del año MDCCCCLII (1952), el décimo cuarto de Nuestro Pontificado.

Pío PP. XII

II

DISCURSO DE SU SANTIDAD PIO XII

radiado directamente a Venezuela, para el acto de la Coronación Canónica de Ntra. Sra. de Coromoto a la media noche del 11 de Setiembre de 1952, en la ciudad de Guanare.

“Venerables Hermanos y amados hijos, católicos venezolanos, que en la linda Guanare asistís conmovidos a la solemne Coronación de vuestra Excelsa Patrona, Nuestra Señora de Coromoto.

Si siempre fué un espectáculo altamente atrayente y conmovedor al ver a una madre circundada por el amor y la devoción de sus hijos, ¿cuánto más lo será cuando, como en las circunstancias presentes, se trata de todo un gran pueblo que, no contento con haberse colocado hace diez años bajo el poderoso patrocinio de su Madre del cielo anhela ahora exteriorizarle su acendrada piedad y su auténtica sumisión,

colocándole en las sienes una preciosa corona y aclamándola como a su Reina y natural Señora?

Y es que este pueblo ha comprendido lo que significa la Virgen Santísima en la historia de las naciones!

Imposible sería pergeñar siquiera, prescindiendo de su dulcísimo Nombre, la de vuestro inmenso continente, cuya ruta encontró con gesto audaz la ruda proa de una nao que se llamaba precisamente "Santa María" y en un día consagrado a la Virgen del Pilar; cuyo primer nombre, en la piadosa e ingenua lengua de sus descubridores, fué "Archipiélago del mar de Nuestra Señora", y cuyas playas hollaron por primera vez aquellos esforzados campeones que, bajo el hierro de las armas, escondían un corazón tiernísimo, amante de su Madre celestial, como lo fué vuestro Alonso de Hojeda, el hombre que llevaba siempre consigo una imagen de la Reina de los Angeles y que iba dejando su recuerdo —al incorporarlos al mundo— en las denominaciones de los pueblos y ciudades, de las cimas de las montañas y de los puertos de vuestra nación, una nación eminentemente mariana.

Porque esa es efectivamente, venezolanos, queridísimos, una de vuestras más fúlgidas glorias. Canten unos la belleza de vuestras gigantes cimas, de donde se despeñan abundantes y caudalosos ríos que, atravesando ora las interminables llanuras de suaves y sabrosos pastos, ora las tupidas forestas ricas en toda clase de maderas preciosas, van a desembocar en las feraces tierras del próspero litoral o a mezclar sus aguas con las del imponente Orinoco; celebren otros la suavidad perenne de vuestro cielo lo templado de su clima o la buena y amable condición de vuestra gente; póngese justamente la riqueza que el Señor ha escondido en vuestro suelo o el alto ingenio de vuestros hijos que tan ilustres nombres —un Mariano de Talavera, un Andrés Bello— han dado a la Iglesia y a la cultura de toda la América hispánica; para Nos, especialmente en estos momentos, Venezuela será siempre la tierra de la Virgen y, al recorrerla con la imaginación, lo que Nos vendrá al recuerdo será la Maracaibo de Nuestra Señora de Chiquinquirá, más al sur la Táriba de Nuestra Señora de la Consolación, hacia el centro la Valencia de la Virgen del Socorro, todavía más allá Nueva Barcelona con su Virgen del Tucumo, y como capital, Caracas con sus santuarios de la Merced, de Altigracia y de la Soledad, para citar solamente los primeros que se nos vienen a las mientes. Y todavía si del continente quisiéramos saltar a las islas nos saldrían a esperar, en la isla Margarita, las torres del templo de Nuestra Señora del Valle.

Pero hay un rincón escogido, al borde de los Llanos y a la sombra de la imponente sierra de Mérida, que la Madre de Dios prefirió entre todos. Estamos en los primeros capítulos de la colonización, segunda mitad del siglo XVI. Juan Fernández de León —una recia personalidad donde una vez más se hermanan las ansias expansivas y apostólicas de España y Portugal— funda la "Ciudad del Espíritu Santo del Valle de San Juan de Guanare". El Evangelio parece que penetra

con buenos auspicios en nuevos e inmensos territorios; pero hay un alma rebelde y es precisamente la que más interesa conquistar. Es ahora la mitad del siglo XVII cuando para acabar de vencer todos los obstáculos, florece el prodigio. Sobre las aguas tranquilas que corren hacia el fondo de la quebrada —según narra la tradición— una hermosa Señora invita repetidamente a la sumisión y al bautismo. Y cuando tras la rebeldía estalla la violencia, entre las manos airadas del que no quería rendirse a la gracia queda esa imagen —vencedora al fin— de Aquella que sabe siempre ganar para gloria suya y provecho nuestro.

El resto de la historia, hasta llegar al gran Santuario Nacional de principios del siglo pasado y hasta ese precioso relicario de hoy, lo sabéis perfectamente, aprendido acaso en el regazo de quien os dió la vida y conservado entre los más amables recuerdos de una infancia lejana, cuando apenas erais capaces de retener más que la idea central, la misma que esa preciosa joya simboliza: una Venezuela idólatra transformada en un país cristiano por la intervención maternal de María Santísima; cosa que, como muy bien ha dicho vuestro Episcopado es “gloria que enaltece y anima vuestra piedad y prenda de maternal amor que empeña la gratitud nacional”.

¡Aclamadla, sí, aclamadla amadísimos venezolanos, como medic principal de que la divina providencia se valió para llevaros el beneficio inestimable de la fe! Pero quienes ya la poseéis, los que os decís hijos de una nación católica, corred ante su trono de amor y de gracia pidiéndole que os la conserve y os la consolide, libre de las influencias malsanas que buscan ponerla en peligro. Pedidle que la Iglesia fundado por su Divino Hijo para la salvación de vuestras almas, pueda hacer llegar a todas partes el beneficio inestimable de la educación cristiana sin trabas de ninguna clase; que la familia, célula fundamental de toda sociedad, se salve de la carcoma que la corroe, manteniendo intactas su santidad y unidad; que la caridad de Cristo triunfe en las relaciones sociales haciendo llegar a todos los beneficios del justo progreso y del razonable bienestar; que no arraiguen jamás en el pródigo terruño venezolano doctrinas extrañas, especialmente aquellas que ofenden a Ella y a su precioso Hijo negándoles las más excelsas de sus prerrogativas; y que, reconociendo todos su verdadera maternidad, todos se sientan hermanos en Jesucristo, hijos de un mismo Padre que está en los cielos, que pueden y quieren vivir en paz, para dar al mundo agitado por el odio y por la violencia, el ejemplo de una nación que sabe gozar de los beneficios de la fraternidad cristiana.

¡Hazlo así Tú, Madre amorosísima de Coromoto, Reina del pueblo venezolano, que te dignaste honrar con tu presencia, salvaguardia invencible de su fe! Y escúchalos cuando te cantan: “No permitas que sucumba —nuestra patria en la tormenta; —la fe de nuestros mayores— en sus ámbitos renueva”.

Con éstos sentimientos y estos deseos, encomendándoos a vuestra Madre y Reina os bendecimos, amados hijos: a Nuestro dignísimo Legado, a Nuestros hermanos en el Episcopado, a todo el pueblo venezolano y a cuantos, de una manera o de otra, oyen Nuestra voz, que quiere ser siempre pregonera de Nuestro amor de Padre y testimonio de Nuestra devoción filial a la augusta Reina de los cielos”.

III

LA VOZ DEL LEGADO PONTIFICIO

VENEZUELA TESTIMONIA QUE NUESTRA SRA. DE COROMOTO ES SU REINA, SU MADRE, SU FORTALEZA, SU LUZ Y SU FUENTE DE VIDA RELIGIOSA

EL CARDENAL ARTEAGA, EN SU DISCURSO DEL CAMPO DE LA CORONACION, LLAMO A LOS VENEZOLANOS SUS 'COMPATRIOTAS' PORQUE VENEZUELA ERA SU SEGUNDA PATRIA

Su Eminencia el Cardenal Manuel Arteaga Betancourt, Arzobispo de La Habana, Legado Pontificio para la coronación canónica de Nuestra Señora de Coromoto, Patrona Nacional de Venezuela, pronunció un discurso la misma noche, antes de la Misa de Pontifical que ofició en el propio Campo de la Coronación. Y dijo en algunos de sus párrafos:

'He llegado, señores, a los brazos de una Patria muy amada, a Venezuela: la Patria de mis años juveniles, de las primeras impresiones, de esas que dejan huellas indelebles en el alma; de mis afectos de la infancia, de mis estudios en el Seminario y en la Universidad; de mis visitas, sobre todo, a la Iglesia, a la Eucaristía, que ha sido y es y será amor y vida de mi vida; y, particularmente, de las tiernas confidencias a la Madre Celestial, que una madre cristiana en este mundo me enseñara a amar y a confiarle nuestras cuitas, refugiándonos en su seno maternal. Oh Virgen María, Madre de Dios y amantísima Madre nuestra...!

'Pero para llegar a Venezuela, esta segunda Patria mía, venezolanos, compatriotas, la mano de Dios, que todo lo guía, me guió hasta vosotros desde esta atalaya de la Santa Sede, después de haber oído en el corazón las palabras del Padre común de los fieles, llenas de ternura y de bondad. Porque Su Santidad Pío XII lleva en su corazón mundos de alegría y mundos de tristeza y de dolor; en ellos se oye la palabra que alienta y la palabra que sostiene la vida de unión y caridad, y la palabra que refrena los odios y las pasiones humanas; la palabra, en fin, que nos asienta en la paz verdadera y que destruye poderosamente todas nuestras discordias, porque él es legítima representación de Aquel que es nuestra paz verdadera, que deshace en sí nuestras enemistades: 'Ipse est

pax nostra... interficiens inimicitias in semetipso'.

'Su Santidad me envía hacia vosotros en este espléndido día de gloria para Venezuela, para que lo represente a él aquí, junto a la imagen sagrada de Nuestra Señora de Coromoto, Patrona de la República predilecta de su corazón porque por amarla tanto me envía a mí, hijo de Venezuela por educación y por afecto, y no vino ningún otro Príncipe de la Iglesia, de más prestancia y elevadas dotes, sino yo, un venezolano de corazón.

'Comprenderéis, por tanto, señores, con cuán sentido afecto recuerdo las contempladas glorias marianas y glorias eucarísticas de Venezuela. Rememoro aquellos tiempos pasados, cuando nuestra Madre la Virgen María, en la advocación de la Virgen de Lourdes recibía peregrinaciones múltiples en los Santuarios de Maiquetía, Ocumare y tantos otros. ¿Cómo podría olvidar los esplendurosos y fervientes cultos a la divina Eucaristía en los días del Primer Congreso Eucarístico Nacional y aquel monumento coetáneo titulado 'Instrucción Pastoral del Episcopado Venezolano a los Fieles', que tanto ha contribuido al mantenimiento de la Fe católica y buenas costumbres en este pueblo?'

'¿Cómo no recordar que el Padre de la Patria y genial Libertador, vástago de una familia hondamente religiosa,

en una frase feliz, expresó simbólicamente la conveniencia de la unión entre 'la espada y el incensario' para la paz religiosa y social de la gran Colombia, y, queremos agregar, de la gran América, cuyos pueblos todos se conservan firmes en sus profundas raíces católicas y democráticas?'

'Y aunque, según la palabra del Libertador 'la madera de los bosques de América no es apropiada para fabricar tronos humanos', pero sí lo es para los divinos; y así Venezuela entera, una en su fe e inmovible en sus tradiciones, levanta hoy un trono de fe y de amor a la Virgen Santísima de Coromoto, su Patrona, y ese trono, facsímil del que tiene la Virgen Santísima en cada corazón venezolano, servirá para perpetuar, en una de las más grandes y bellas naciones del Continente Americano, la Fe católica y el Patriotismo heroico de sus fundadores'.

'Dios ha hecho de Venezuela un país incomparable de riquezas naturales exuberantes: desde la alta cúspide de la Sierra Nevada hasta el famoso Delta del Orinoco —una de las más espléndidas corrientes acuáticas de todo el mundo—, la grandeza y majestad de la naturaleza compite con la natural bondad e hidalguía generosa de sus hijos. De ingenio feliz es el venezolano; de valor militar, indomable; firme en la guerra, pero nunca enemigo de la paz, de esa paz que la humanidad tanto necesita, porque es ella la tranquilidad del orden, y en el orden está el bien, la prosperidad, la alegría y la cultura de los pueblos.'

'Venezolanos, podemos afirmar que vivimos Era Mariana; era de la Asunción, era del Mensaje de Fátima, era de la Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María.'

'La corona que ponemos sobre la frente purísima de Nuestra Señora de Coromoto, es el símbolo de su realeza, de nuestra humilde sumisión y de nuestro amor filial'.

'La proclamamos Reina y Madre de nuestra nación, de nuestras almas y de nuestros corazones, de nuestra Acción Católica y de nuestros trabajos, de nuestros hogares, de nuestros dolores y de nuestras alegrías. Madre y Reina: en la misma medida en que Dios la hizo Reina de todo lo creado, la hizo Madre de todos los hombres'.

'Venezuela testimonia en esta solemne ocasión que Nuestra Señora la Virgen de Coromoto es su Reina, es su Madre, es su fortaleza, es su luz, es su fuente de vida religiosa. Así quedará para todas las generaciones, como las moles inmensidad de los Andes'.

'Os exhortamos a perseverar en las virtudes cívicas, que os darán una Patria cada vez más gloriosa, y en las virtudes cristianas, que constituyen nuestro rico patrimonio espiritual. Descienda sobre la querida Nación la bendición de Dios, la más colmada, para que el futuro próximo os vea remanados en la paz, en el progreso y en el bienestar social'.

'En nombre del Santo Padre recibid nuestros parabienes y bendiciones en la celebración del IV Congreso Mariano'.



IV

EVOCACION DEL TIEMPO QUE PASO EN VENEZUELA EL CARDENAL ARTEAGA

EL IMINENTISIMO PRELADO QUE
ESTA NUEVAMENTE ENTRE NOSOTROS SE EDUCO EN NUESTRO
MEDIO DE CUYAS COSTUMBRES
IMPREGNO SU VIDA

Venezuela se colma de regocijo con la presencia en su seno del Eminentísimo Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt como Legado a Latero de Su Santidad Pío XII. El Cardenal Arteaga casi puede decirse hijo de Caracas, pues trasladado aquí en la misma infancia desde sus nativos lares cubanos de Camagüey, aquí creció y se educó, impregnándose toda su vida del ambiente de nuestras costumbres sociales y religiosas.

Realizados los primeros estudios frecuentó con lucimiento las aulas universitarias caraqueñas y llamado luego a las tareas del servicio divino se enrumbo francamente por las sendas del santuario. Después de una generosa tentativa de incorporación al gremio de la Orden Capuchina creyó preferible ingresar en la falange del clero secular, por lo cual pidió su admisión en el Seminario al doctor Juan B. Castro, aún no Arzobispo pero sí Vicario General en pleno ejercicio de la jurisdicción arquidiocesana, quien desempeñaba al propio tiempo el Rectorado del plantel, cuya restauración legal acababa de conseguir del Gobierno de la República. El Doctor Castro acogió de muy buen grado al aspirante y en este centro se formó para su gran destino el personaje que hoy nos honra con la augusta representación de que viene revestido. Quien estas líneas escribe, Vice-Rector en aquellos días del Instituto y a poco su Rector en firme, tuvo al alumno Arteaga bajo su inmediata dirección y pudo así llevarlo tanto hasta la cumbre sacerdotal como hasta el vér-

tice científico del Doctorado. Así, desde la primera clerical tonsura y órdenes menores, recibidas en 10 de agosto de 1902 de manos del Delegado Apostólico Monseñor Julio Tonti, pasando luego por el Subdiaconado en 9 de noviembre y por el Diaconado el 7 de diciembre del propio año, que a su vez le confirió el Obispo del Zulia Mons. Francisco Marvés, alcanzó por fin el Presbiterado el 17 de abril de 1904, ya de las gloriosas manos de Monseñor Juan B. Castro como Arzobispo titular de Serre y Coadjutor de Monseñor Uzcátegui Arzobispo de Caracas. Cuanto a los estudios superiores eclesiásticos, en cursos sucesivos de 1901 a 1904, el alumno Arteaga los completó, con éxito brillante, y así estuvo en capacidad de graduarse en seguida con sus compañeros que a poco ostentaron el lauro doctoral. Pero quebrantos de salud le impusieron algún retardo y sólo fué en 1906, el 16 de octubre, cuando la Universidad, tras un examen muy lucido por cierto, le otorgó el supremo título académico.

El joven sacerdote Arteaga desarrolló en Venezuela un bello apostolado. Primero, a causa de los reclamos de salud y atendiendo a la benignidad del clima se le destinó al servicio parroquial de Baruta, donde ejerció un ministerio har-to fecundo dejando allí imperecedero recuerdo. Pero más tarde, atraído por antiguos nexos con la ciudad de Cumaná y ante exigencias apostólicas de superior cuantía, hubo de trasladarse a esta ilustre población como auxiliar de su anciano Vicario Foráneo y luego sucesor suyo en la ardua faena. La labor parroquial de Arteaga en Cumaná fué de soberana eficacia. El levantó allí el nivel de la vida religiosa: un florecimiento de alta piedad se produjo al conjuro de su palabra y de su acción apostólica, tanto la

gente principal como el pueblo cumanés se dejaron penetrar por el influjo de su inflamado celo y el recuerdo de aquel primer impulso, que encontró luego felizmente admirables continuadores, se perpetúa en el amor y el gozo con que todavía se pronuncia por cumaneses el nombre del **Padre Arteaga**. Una circunstancia ruidosa, que puso muy en alto la entereza de su carácter, contribuyó también a realzar el prestigio de su personalidad y siempre será una gloria para la 'primogénita del Continente' la actitud gallarda asumida por la totalidad de sus habitantes para amparar contra una tropelía la dignidad de su primer párroco.

Arteaga se ausentó de Cumaná con motivo de asistir al Congreso Eucarístico Internacional en Madrid, celebrado en 1911, adonde llevó la representación de Venezuela; pero ya por entonces abrigaba el propósito de restituirse a su patria nativa y aprovechó por consiguiente la coyuntura para regresar a Cuba y allí radicarse definitivamente. En Cuba se situó fácilmente en la primera fila de aquella clerecía y en rápidos ascensos, acompañados de unánime aplauso, fué alcanzando las más elevadas cimas eclesiásticas: Vicario General del Arzobispado de La Habana, Vicario Capitulár de la misma Arquidiócesis en su vacante, Arzobispo de la propia sede metropolitana desde el 26 de diciembre de 1941. Y en 1946, cuando el Papa Pío XII en un gesto que fué tan alabado repartió los capelos por todo el mundo para llenar vacíos del Colegio Cardenalicio, regando púrpura en tal sentido a lo largo de nuestra América puso también los ojos en la **Estrella Solitaria** y quedó Arteaga incluido entre las Emi-

nencias del 18 de febrero, en el orden de los Presbíteros, adscrito al Título de **San Lorenzo in Lucina** y en cierto modo caracterizado como el 'Cardenal del Caribe'.

Como Arzobispo de La Habana, Monseñor Arteaga visitó a Caracas el año de 1943 con motivo del Congreso Catequístico Nacional que entonces tan magníficamente celebramos, ocasión en la cual dió un vuelo a Cumaná para tributar homenaje de cariño a su noble y antigua feligresía. Hoy le saludamos en la cúspide luminosa de las dignidades eclesiásticas como Legado a Látere del Romano Pontífice y, en el breve espacio de que podrá disponer bajo el recargo de un complicado programa de solemnidades, ha querido sin embargo, dedicar un momento a su primera feligresía de Baruta para honrarla con el esplendor de su purpúrea vestimenta. Es un testimonio digno de elogio.

Antes de concluir estas líneas queremos hacer resaltar un gesto de Monseñor Arteaga, expresivo en él de un sentimiento de entrañable gratitud y de perpetua admiración por la excelsa piedad del Prelado egregio que le acogió en el Seminario y lo ungió sacerdote de Cristo. Al ser exaltado a la dignidad arzobispal, Arteaga adoptó por escudo y lema de su episcopado los mismos que forjara para sí el gran apóstol de la Eucaristía Monseñor Juan Bautista Castro, y esas son las armas que también ostenta hoy realzadas con las quince borlas de su capelo el Eminentísimo Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt. No podemos menos de pregonar nuestra complacencia por la alteza de espíritu que ese honorífico recuerdo descubre.

NICOLAS EUGENIO NAVARRO

Arzobispo Titular de Cárpathos.